

CAPÍTULO XVI

EL DON DE PIEDAD EN EL ILLMO. SR. SOLLANO.

¶ I para escribir la historia del Illmo. Sr. Sollano hubiéramos deseado que una pluma más diestra y mejor cortada que la nuestra trazara sus páginas, al llegar al punto que ahora tocaremos, á esas condiciones ya indicadas, aspiraríamos que á ellas se añadiese en quien hubiera de tocarlo la de ser digno de recibir la alabanza que en el siglo XIII Santo Tomás de Aquino con tanta justicia como elegancia consagró á su caro amigo San Buenaventura cuando éste se ocupaba en redactar su "*Legenda*" relativa al Patriarca de Asís: "*Sinamus sanctum pro sancto laborare.*" Porque, en efecto, la admirable piedad del primer Obispo de León, que constituye su mayor gloria y su más notable grandeza, requeriría que persona que poseyera cual él ese dón de piedad emprendiera tal tarea. Ante el brillo de ese dón que engalanó al Illmo. Sr. Sollano, su ciencia, por más esclarecida que haya sido, se opaca; sus talentos parece que disminu-

hermano Don Julián de Obregón, y después el Sr. Cura Don José Ignacio Aguado; pero tampoco lograron ninguno de ellos ver realizado su propósito, quedando la obra hasta terminar las bóvedas todas, el tambor de la cúpula y el primer cuerpo de la torre que queda al lado del oriente.

En el estado que acabamos de indicar fué como encontró el Illmo. Sr. Sollano la construcción de aquella Iglesia, que inmediatamente destinó para Catedral, y con tal intención continuó la obra de construcción, habiendo reorganizado los trabajos en Febrero de 1864, y logrando, terminada ya, consagrarla solemnemente el 16 de Marzo de 1866, en cuyo día, á las cuatro y media de la tarde, trasladó á su nueva casa la imagen de la Madre Santísima de la Luz, y que, como á patrona principal, la colocó en el altar mayor.

Su amor á esta Reina del cielo y el deseo de que su casa estuviese aderezada con la mayor hermosura, impulsaron al Illmo. Sr. Sollano para que continuase los trabajos de construcción y ornato de su Catedral. En 20 de Abril de 1874 logró terminar el camarín, y allí, en el ciprés, colocó entonces la imagen en el día 1.º de Julio de 1875, bendiciéndolo ese mismo día solemnemente. El día 4 de Julio del mismo año de 1875 determinó que se principiara la obra de construcción de la torre que está al lado del oriente, la cual se terminó el día 19 de Abril del año siguiente. La otra torre se principió el día 14 de Julio de 1875, y se terminó el 31 de Abril de 1878. El día 10 de Diciembre de 1877 se estrenó la capilla de Nuestra Señora de Loreto, que como muestra de agradecimiento hizo construir y ornamentar por el favor que

con justicia reconoció había hecho la Virgen Santísima cuando el 18 de Julio de 1876, al caer una de las claves de un arco de la misma Catedral, en momentos en que acudía la gente á este templo para asistir á la misa de doce, no tuvo que lamentarse desgracia ninguna. El 4 de Julio de 1878 principió el magnífico zócalo que rodea el atrio de la misma Catedral, y el 14 de Marzo de 1879 se zanjaron los cimientos de la espaciosa sacristía que mandó construir detrás del camarín, obra que ya no alcanzó á ver concluida.*

Pudo con justicia decir el Illmo. Sr. Sollano con el Profeta: "*Señor, amé el ornato de tu casa,*" pues no sólo concluyó la fábrica de su Catedral, sino que la dotó con ricas y valiosas alhajas, magníficos ornamentos y toda clase de utensilios para el servicio divino.

Nos hemos detenido más de lo que pensábamos al hacer la relación de todo lo que el Illmo. Sr. Sollano llevó á cabo en favor de su Catedral, porque el gran dón de piedad que lo animaba hacía que la constituyese como su obra predilecta, y podemos sin temor asegurar que, después de habernos alargado tanto, poco es lo que hemos dicho para poder dar aunque sea una ligera idea de lo mucho que allí realizó.

Jamás salió de la ciudad ó regresó á ella sin que sus últimos y primeros pasos no hubiera dedicados para ir á despedirse ó á saludar á la Madre Santísima de la Luz. Siempre celebró de Pontifical en todas sus festividades, aunque esto no es extraño, porque en todas las solemnidades

* Véase el documento núm. 33.

yen, y aun sus mismas obras y empresas apostólicas se presentan pequeñas. Pero lo hemos dicho mal; precisamente su ciencia, que siempre se ejercitó en lo bueno; sus talentos, que siempre se emplearon en Dios; y sus empresas y trabajos apostólicos, que siempre llevaron por principio á Dios, y por fin la gloria de Dios mismo en la santificación de las almas, fueron impulsados, dirigidos y formados, ó mejor dicho, fueron la expresión más práctica del dón de piedad que le animaba.

Desde niño fué piadoso. Al llegar al sacerdocio aumentó su piedad; pero con la unción episcopal parece que llegó al más elevado grado adonde puede ascender un viandante. Su vida era la vida que animaba constantemente el espíritu de fe, y por esta causa aquel hombre tan ilustrado, y que tantos triunfos logró en el amplio campo de las ciencias, se asemejaba al niño que sólo sabe su Catecismo, y cuya inocencia lo conduce á hacer con una inimitable sencillez todos los actos que se relacionan con la piedad cristiana. Ese dón de piedad y ese espíritu de fe que lo caracterizaban y animaban siempre, producían en él aquel deseo de ejercitar todos los actos del ministerio eclesiástico. Por ese motivo se le vió, no obstante su elevada dignidad episcopal, ejercer como acólito, sirviendo de ministro en las misas que diariamente á las doce se celebraban en la Catedral de León; por idéntica causa nunca se fatigaba con la predicación, y con el mismo gusto le vimos ascender la octava vez en un mismo día al púlpito, que en la primera, y finalmente á lo mismo se debió que á toda hora estuviese dispuesto para ad-

ministrar los santos sacramentos de la confirmación y penitencia á cualquiera que se los pedía.

Existe en León un tesoro preciosísimo, que con justicia constituye el encanto y la gloria de los habitantes de aquella ciudad: ese tesoro es la imagen de la Madre Santísima de la Luz cuyo origen se hace digno de ser conocido. El Padre Juan Antonio Genovesi, de la Compañía de Jesús, rogó fervorosamente á la Virgen María, que solía visitar á una persona devota, que se dignase manifestarle en qué advocación y forma quisiera ser honrada en las misiones á que con tanto fruto se dedicaba evangelizando á los pueblos. Acogió con agrado aquella súplica la Santísima Señora, y dejándose ver de su devota, le significó que su voluntad era que se le venerase con el nombre de "*Madre Santísima de la Luz*," y bajo la forma con que entonces se le presentaba. Procuró el Padre desde luego que un pintor ejecutase la imagen bajo las indicaciones de la que había tenido la visión; pero, al concluirse la pintura, de nuevo se presentó la Santísima Virgen á su devota, y le dijo que no estaba la imagen según el diseño que ella indicara, y que por lo mismo se repitiese otra vez, ofreciendo entonces que ella inspiraría al pintor. Ejecutóse lo que ordenó la Santísima Reina de los cielos, y al volver á aparecerse, ella misma la *bendijo con su propia mano*, y aseguró que la abundancia de sus favores sería la señal más segura de la protección que dispensaría á los fieles por medio de aquella su imagen. Todo lo dicho pasó, según el testimonio de varios autores, el año de 1722.

En el año de 1732 los Padres de la Compañía de Jesús

quisieron sortear todas sus Iglesias para saber en cuál de ellas quería la Santísima Virgen que permaneciese y fuese honrada su santa imagen, y recayó la feliz suerte en el templo que se conocía con el nombre de "La Compañía" en León de México. Repetida por tres veces esta prueba, siempre dió el mismo resultado, siendo León la agraciada, y como consecuencia se le remitió la imagen que llegó allí el día 2 de Julio del citado año de 1732.

Al reverso de la Santa Imagen hay una auténtica que á la letra dice: "Esta Imagen es la original que vino de Sicilia, y fué bendita de la misma Santísima Virgen, que con su bendición le confirió el dón de hacer milagros." Esta auténtica está autorizada por las firmas de los Padres Jesuitas "Joseph María Genovesi, Joseph María Mónaco, Joseph Javier Alagna y Francisco Bonilla." En el año de 1777, en 6 de Agosto, hizo el Sr. Cura de León una solicitud al Sr. Obispo de Michoacán pidiéndole, en nombre del Ayuntamiento de la ciudad, que se aprobaran unas constituciones que se habían formado para promover el culto de la Madre Santísima de la Luz, según lo afirma el Sr. Canónigo Don José de la Merced Sierra, hombre ilustrado y sumamente piadoso, que tuvo oportunidad de haber visto una copia de tal documento que á la letra decía: "Por los años de mil setecientos treinta y dos, el día dos de Julio, tuvo la felicidad este lugar de que entrara la imagen de la Madre Santísima á la Iglesia de la Compañía, habiendo sido sorteada entre las demás de los Colegios, para ver el que escogía á su habitación, y logró esta Villa la mejor suerte."

Á las citadas pruebas en que se funda la autenticidad de tan venerable Imagen se añaden los mil favores que en todos tiempos por su mediación ha obtenido León, y que con minuciosidad refiere el citado Sr. Sierra en su "Catecismo histórico de la imagen de la Madre Santísima de la Luz," que publicó el año de 1880.

Esta Santa Imagen estuvo, desde que llegó á dicha ciudad, en el templo de la Compañía, hasta que en la tarde del mismo día 22 de Febrero de 1864, en que tomó posesión del Obispado el Illmo. Sr. Sollano, la trasladó á la iglesia parroquial, que desde entonces quedó sirviendo provisionalmente de Catedral, hasta que se concluyó la obra de la actual. Al día siguiente comenzó ya por disposición del mismo Sr. Obispo á rezarse en coro el oficio divino, y á celebrarse diariamente la misa conventual, todo lo cual, hasta la instalación del Venerable Cabildo, lo practicaron el Sr. Cura Tejeda y seis capellanes que con carácter de interinos se nombraron.

Los Reverendos Padres Jesuitas, que tantos bienes hicieron en nuestro país, comenzaron desde el siglo pasado á levantar una hermosa Iglesia cercana á la que ya poseían, y se comprometieron desde el principio á dedicar á la santa imagen de la Madre Santísima de la Luz uno de los altares del crucero; pero por causa de la supresión que, con pesar de todos los buenos, sufrieron en el año de 1867, no pudieron terminar la obra de construcción de aquella Iglesia, que más tarde continuaron, primero, Don Pedro de Obregón, en 1831, costeadando los gastos del cornisamento su